

Índice

PRESENTACIÓN, 13

INTRODUCCIÓN, Ciencia histórica e Historia Antigua, 17

Verificación, 36

Selección bibliográfica, 37

I DE LA CIUDAD A LOS IMPERIOS

TEMA 1. La revolución urbana, 41

1.1. La aldea como estructura simple, 41

1.2. La ciudad y la estratificación social, 43

1.3. La legitimación del poder, 45

1.4. Burocracia y escritura, 47

1.5. La evolución de los sistemas de escritura, 48

Síntesis, 51

Verificación, 52

TEMA 2. El antiguo Egipto, 53

2.1. Formación y evolución política del Imperio egipcio, 53

2.2. La pirámide del poder político, 67

2.3. Sociedad, economía y cultura, 69

2.4. La religión egipcia, 72

Síntesis, 76

Verificación, 77

TEMA 3. Geografía política y cultural del Próximo Oriente antiguo, 79

3.1. La civilización sumeria , 79

3.2. Acadios y babilonios, 82

3.3. La potencia hitita, 84

3.4. El imperialismo asirio, 89

3.5. La religión de tradición mesopotámica, 92

3.6. Israel y la aportación cultural de los judíos, 93

- 3.7. Las redes comerciales de los fenicios, 97
- 3.8. El Imperio persa, 98
 - Síntesis*, 105
 - Verificación*, 106
- Selección bibliográfica, 107

II ORIGEN Y DESARROLLO DEL MUNDO GRIEGO

TEMA 4. El ascenso de las *póleis*, 115

- 4.1. Minoicos y micénicos, 115
- 4.2. El mundo de los poemas homéricos, 123
- 4.3. Edad arcaica, 127
- 4.4. Orígenes y originalidad de la *pólis*, 131
- 4.5. La tiranía, 134
- 4.6. Reformas militares y reivindicaciones políticas, 137
- 4.7. Dos realidades enfrentadas: Esparta y Atenas, 138
- 4.8. Reformas institucionales en la Atenas del siglo VI a.e.c., 143
 - Síntesis*, 153
 - Verificación*, 155

TEMA 5. El mundo cultural de los griegos, 157

- 5.1. La excepcionalidad griega, 157
- 5.2. La religión griega y la *pólis*, 158
- 5.3. Otras dimensiones de la religiosidad, 163
- 5.4. Formas de panhelenismo, 166
- 5.5. Concepciones sociopolíticas griegas, 169
- 5.6. La cultura griega, 170
 - Síntesis*, 176
 - Verificación*, 177

TEMA 6. Conflicto entre griegos y persas, 179

- 6.1. Causas del enfrentamiento, 179
- 6.2. Primera Guerra Médica, 180
- 6.3. Atenas: un decenio de profundos cambios, 183
- 6.4. Segunda Guerra Médica, 185
 - Síntesis*, 191
 - Verificación*, 192

TEMA 7. Atenas: democracia e imperialismo (siglo V a.e.c.), 193

- 7.1. La lucha política en Atenas, 193
- 7.2. La época de Pericles, 196
- 7.3. Relaciones económicas y sociales, 203

- 7.4. Vida cotidiana, 205
- 7.5. El teatro en Atenas: rito y espectáculo, 210
 - Síntesis*, 213
 - Verificación*, 214

TEMA 8. La lucha por la hegemonía (siglo IV a.e.c.), 217

- 8.1. Las Guerras del Peloponeso, 217
- 8.2. Derrota de Atenas y derrumbe de su Imperio, 224
- 8.3. La decadencia de las *póleis*, 226
- 8.4. Vida intelectual, 229
 - Síntesis*, 236
 - Verificación*, 237

TEMA 9. Alejandro Magno y el mundo helenístico, 239

- 9.1. El ascenso de Macedonia, 239
- 9.2. Las conquistas de Alejandro Magno, 242
- 9.3. Los reinos helenísticos, 249
- 9.4. Organización socioeconómica, 253
- 9.5. La evolución política y cultural, 257
 - Síntesis*, 262
 - Verificación*, 263
- Selección bibliográfica, 264

III ORIGEN Y DESARROLLO DEL PODER ROMANO

TEMA 10. Italia antigua: desde su entrada en la historia hasta el fin de la Roma monárquica, 271

- 10.1. Los griegos de Occidente, 271
- 10.2. Los etruscos, 274
- 10.3. Las aldeas del Lacio, 282
- 10.4. Orígenes de Roma, 283
- 10.5. La monarquía romana, 285
- 10.6. La sociedad romana arcaica, 287
 - Síntesis*, 289
 - Verificación*, 291

TEMA 11. Configuración de la República romana, 293

- 11.1. La instauración de la República, 293
- 11.2. Las conquistas legislativas de la plebe, 294
- 11.3. El ordenamiento republicano, 298
- 11.4. La conquista de Italia, 306

- 11.5. Expansión mediterránea e imperialismo, 310
- 11.6. El helenismo en Roma, 322
 - Síntesis*, 324
 - Verificación*, 325

TEMA 12. Fase final de la República romana, 327

- 12.1. Desequilibrios sociopolíticos, 327
- 12.2. Luchas de poder entre optimates y populares, 332
- 12.3. Nuevos protagonistas en la escena política, 339
- 12.4. Inestabilidad política y guerra civil, 348
- 12.5. La dictadura de César, 349
 - Síntesis*, 354
 - Verificación*, 355

TEMA 13. La expansión del Imperio romano, 357

- 13.1. La victoria de Octavio, 357
- 13.2. El Principado de Augusto, 360
- 13.3. El apogeo del Imperio: evolución política, 370
- 13.4. La evolución de la economía en el Imperio, 388
- 13.5. La estructura social, 395
 - Síntesis*, 400
 - Verificación*, 401

TEMA 14. El mundo cultural de los romanos, 403

- 14.1. La participación en la vida política, 403
- 14.2. La guerra y la protección divina, 406
- 14.3. La religiosidad romana, 410
- 14.4. Vida privada y vida pública, 415
- 14.5. El Derecho romano, 423
 - Síntesis*, 428
 - Verificación*, 429

TEMA 15. El surgimiento del cristianismo, 431

- 15.1. Palestina en el cambio de era, 431
- 15.2. La figura histórica de Jesús, 433
- 15.3. Ideología cristiana y cultura grecorromana, 435
- 15.4. Las persecuciones contra los cristianos, 438
- 15.5. La organización eclesiástica, 445
 - Síntesis*, 450
 - Verificación*, 451
- Selección bibliográfica, 453

IV ANTIGÜEDAD TARDÍA

TEMA 16. Evolución política tardoimperial, 461

- 16.1. El siglo III: tensiones y fluctuaciones, 461
- 16.2. La Tetrarquía, 466
- 16.3. Constantino y el Imperio cristiano, 472
- 16.4. Administración tardoimperial, 489
- 16.5. La vitalidad del Imperio oriental, 490
 - Síntesis*, 493
 - Verificación*, 495

TEMA 17. Transformaciones sociales y culturales, 497

- 17.1. Economía y sociedad, 497
- 17.2. Imperio cristiano, Iglesia y rivalidad religiosa, 501
 - Síntesis*, 515
 - Verificación*, 516
- Selección bibliográfica, 517

ANEXOS, 523

- Cronología básica, 523
- El comentario breve de textos históricos, 531
 - Pautas para la realización de un comentario breve de textos históricos, 531
 - Ejemplo resuelto de comentario breve de texto histórico, 533
- El breve comentario histórico de imágenes, 537
 - Pautas para la realización de un breve comentario histórico de imágenes, 537
 - Ejemplo resuelto de breve comentario histórico de imagen, 538

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA, 541**ÍNDICE ANALÍTICO, 549**

TEMA 2

El antiguo Egipto

2.1. FORMACIÓN Y EVOLUCIÓN POLÍTICA DEL IMPERIO EGIPCIO

Lentas transformaciones. Para los historiadores existen fundamentalmente dos rasgos distintivos del antiguo Egipto: por un lado, la incomparable duración del desarrollo histórico de su civilización que, partiendo de aproximadamente el 3000 a.e.c. y atravesando momentos de esplendor y decadencia, logra sobrevivir hasta el año 332 a.e.c., momento a partir del que, debido a la conquista de Alejandro Magno, se incorpora a la órbita cultural griega; y por otro lado, la extraordinaria uniformidad de sus estructuras políticas, creencias religiosas y concepciones artísticas, las cuales apenas sufrieron modificaciones sustanciales a lo largo de los siglos. De ahí que la historia egipcia siguiese un ritmo de evolución particularmente lento, basado más en la conservación que en la transformación.

Hacia finales del IV milenio a.e.c. la estrecha y larga franja de tierra fértil por la que discurría el Nilo aparece

dividida en dos reinos: el llamado Bajo Egipto, en el norte, que comprendía la zona del delta, y el Alto Egipto, en el sur, cuyos dominios se circunscribían al valle del río. La unificación de estos reinos parece haberse producido en torno al 3000. Según la antigua tradición, asumida en sus líneas generales por los estudiosos modernos, en el trono egipcio se sucedieron treinta y una dinastías de faraones; las dos primeras incluyen a los soberanos de la monarquía tinita (nombre procedente de la capital Tinis), que gobernaron durante tres siglos (*ca.* 3000-2700). A continuación, la historia del Imperio egipcio aparece dividida en las siguientes épocas: Reino Antiguo, Primer Período Intermedio, Reino Medio, Segundo Período Intermedio, Reino Nuevo, Tercer Período Intermedio y Época Tardía.

Reino Antiguo (*ca.* 2700-2200 a.e.c.). Según la tradición recogida por el sacerdote e historiador egipcio Manetón (entre finales del siglo IV y principios del siglo III a.e.c.), **Menes** fue el primer rey



Manetón

Sacerdote e historiador egipcio, que vivió entre finales del siglo IV y la primera mitad del siglo III a.e.c., oriundo de Sebennytos (cerca de la actual Samanūd). Todas sus obras, compuestas en griego, y hoy perdidas, gozaron de una buena reputación en la Antigüedad. La más importante, incluso por haber sido la primera en su género atribuida a un egipcio, fue la escrita sobre los faraones y los acontecimientos históricos de su pueblo. Manetón ordenó la sucesión de reyes reagrupándolos en dinastías conforme a un esquema seguido todavía hoy por los historiadores modernos. Basada en los documentos conservados en los archivos de los templos, a los que Manetón había tenido acceso por su condición sacerdotal, la obra se dividía en tres partes: la primera abarcaba las dinastías I-XI, la segunda las que iban de la XII a la XIX y la tercera comprendía desde la XX a la XXX. Extraviada en una época imprecisa, de esta obra se conservan, no sin algunas alteraciones e interpolaciones, solamente tres pasajes citados por el historiador judío Flavio Josefo (siglo I e.c.) en su libro *Contra Apionem*, compuesto en los años 97-98 e.c.

del Egipto unificado (ca. 3150-3125). En la paleta de pizarra de **Narmer**, probable sucesor de *El Escorpión*, aparece en el templo de Nekbet en Hieracómpolis como el rey que unificó el Alto y el Bajo Egipto. En todo caso, sabemos con certeza que hacia el año 2700, en tiempos del rey **Djeser**, el Estado egipcio se extendía desde la costa mediterránea hasta la primera catarata (las cataratas del Nilo han sido enumeradas en dirección sur partiendo de su desembocadura). En esta época podemos constatar ya los principales rasgos definitorios de la civilización egipcia. Desde un principio, el rey fue visto como la encarnación del dios Horus e hijo de Ra encargado de velar por la conservación de *maat*, «el orden cósmico» que regía el mundo; para que pudiese llevar a cabo esta suprema tarea, contaba además con la protección de dos diosas: Nekbet, que tomaba la figura de un buitre, en el Alto Egipto, y Buto, representada como una serpiente, en el Bajo Egipto. Por ello, el rey portaba siempre una doble corona (la blanca, *hedyet*, correspondiente al Alto Egipto y la roja, *desheret*, al Bajo Egipto). Sin embargo, sólo había una capital: Tinis durante las dos primeras dinastías y después Menfis («balanza de las Dos Tierras»), situada en el punto fronterizo que separaba el valle de las tierras correspondientes al delta.

El factor primordial que determinó la «uniformidad ideológica» del Reino Antiguo encontraba su origen en la rígida visión cosmológica del mundo que imbuía todas sus instituciones. Los egipcios se consideraban inmersos en un orden global cosmológico inmutable, generado de una vez para siempre en el acto primigenio de la creación. El mundo era bueno porque era divino en su origen y en su gobierno a cargo de un rey-dios. Quienes, según esta concepción cosmológica del poder político, servían al faraón, lo acompañarían en su vida eterna.

Perteneciente a la tercera dinastía, **Djeser** gozó de una gran reputación como rey sabio y buen gobernante. Su célebre arquitecto y consejero, Imhotep, construyó para él en Sakkarah la primera pirámide de piedra con forma de terrazas sucesivas, que llegaría a convertirse en la característica más sobresaliente de la arquitectura egipcia. No obstante, el momento álgido del Reino Antiguo corresponde a la cuarta dinastía, artífice de las grandes pirámides de *Khufu (Keops)*, *Khafre (Kefrén)* y *Menkaure (Micerino)*. De hecho, nos hallamos ante el momento de mayor centralización del poder político en manos de la imponente figura de un faraón del que se destaca sobre todo su carácter divino.

La quinta dinastía (ca. 2500-2345) activó la política exterior egipcia con sucesivas expediciones de carácter económico y militar a Siria y Nubia. Incluso se llegó por mar a lugares tan lejanos como Punt, en Eritrea, de modo que el Estado egipcio pudiera abastecerse de importantes materias primas de las que carecía. Sin embargo, al término de esta poderosa dinastía surgió una peligrosa tendencia a la descentralización que reforzó el poder autónomo de los gobernadores provinciales (nomarcas) y de la nobleza. Dicha tendencia, recurrente en la larga historia egipcia, se acentuó durante toda la sexta dinastía (2345-2181), en particular durante los prolongados reinados de **Pepi I** y **Pepi II**. El poder fue pasando gradualmente de las manos del rey a las de sus nomarcas, quienes fueron capaces de asegurar cada vez más firmemente no sólo su independencia respecto a la autoridad del legítimo faraón, sino también la transmisión hereditaria de sus funciones.

Primer Período Intermedio (2200-2040 a.e.c.). A finales del debilitado reinado de Pepi II surgió en el Alto Egipto una poderosa nobleza provincial que promovió la fragmentación de las propiedades fundiarias de la realeza con el fin de repartírselas, al tiempo que concedía cada vez más

privilegios a los templos y a la casta sacerdotal. Se inaugura así una época turbulenta dominada por el desorden

político. Tras un largo período de conflictos entre los reyes heracleopolitanos y tebanos, de los que resultaron vencedores estos últimos, logró imponerse en todo el Egipto una nueva dinastía, la undécima, cuyo régimen, sin embargo, no tardaría en ser impugnado. De hecho, no se restablecería de nuevo el pleno dominio sobre el Alto y el Bajo Egipto hasta el advenimiento de la XII dinastía con Amenemhet I, un tebano descendiente de altos funcionarios de los reyes anteriores.

Aunque puede considerarse al Primer Período Intermedio como una época de crisis y desencanto social, fue también, desde una perspectiva ideológica, una etapa durante la cual los valores culturales y la visión egipcia del universo se sometieron a revisión. Podríamos afirmar que, no por casualidad, en estos momentos se descubrió la subjetividad; el pueblo albergó la idea de que poseía derechos, surgiendo así una cierta demanda de justicia social y una esperanza de inmortalidad individual incluso para quienes no pertenecían a la nobleza. De hecho, los súbditos dejaron de ser considerados como meros e insignificantes componentes del orden cósmico, para convertirse en sujetos éticos a las órdenes de un dios cuasitrascendente que otorgaría la salvación eterna a los justos y aniquilaría a los malvados. Además de suponer



una fase crítica en el plano sociopolítico, el Primer Período Intermedio fue también una etapa sumamente creativa en el ámbito cultural y espiritual.

Reino Medio (2040-1750 a.e.c.). Con Amenemhet I, los nomarcas gozaron de gran independencia hasta el momento en que llegó al poder **Sesostris I** (Senwosret), quien centralizó de nuevo el gobierno. Los reyes tebanos trasladaron su capital a El-Lisht, más allá del Fayum, lugar en que confluyen el Alto y el Bajo Egipto.

La XII dinastía llevó a cabo una clara política de expansión. Mantuvo importantes relaciones comerciales con el pueblo fenicio de Biblos (que en ese momento se hallaba bajo la influencia egipcia), dominó Palestina y realizó diversas incursiones en Libia y en Nubia, que finalmente fue anexionada durante el gobierno de **Sesostris III** (1875-1855). Durante esta etapa se desarrolló un activo comercio marítimo con Creta y a lo largo de todo el Mar Rojo, y florecieron el arte y la literatura. Los sucesores de Amenemhet proporcionaron al país casi dos siglos de prosperidad, que se quebró con la llegada de la XIII dinastía, que, pese a ser también tebana, trajo consigo múltiples divisiones.

Segundo Período Intermedio (1750-1540 a.e.c.). Durante la XIV dinastía el gobierno estuvo en manos



Estela funeraria de Djefahopi. Reino Medio (2040-1750 a.e.c.). Museo Archeologico di Firenze. Foto: R. G. S.

de reyes electos que tuvieron mandatos breves y que delegaron el verdadero ejercicio del poder en visires que heredaban el cargo. A partir de ca. 1730 los hicsos o reyes pastores, de procedencia asiática y en su mayoría semitas, fueron dominando gradualmente el territorio. Contaban para ello con técnicas bélicas superiores: poseían carros de guerra tirados por caballos, arcos compuestos, nuevas armas de bronce y fortificaciones antes desconocidas.

En 1650 a.e.c., Salitis fundó la primera dinastía de los hicsos, la XV

en la lista de Manetón. Hasta el año 1650, el pueblo hicsco coexistió con lo que quedaba de la XIV dinastía (1750-1650). Los primeros reyes hicsos, **Salitis**, **Chechi** y **Charek**, gobernaron desde Menfis durante veinte años. Su reino llegó a expandirse por el delta y el valle hasta Gebelein, incluyendo la ruta de las caravanas. Estos monarcas establecieron alianzas con los nubios. El rey hicsco **Apopi I** (ca. 1550) delegó parte de su poder en una línea más joven de hicsos, que eran sus vasallos, y que erróneamente Manetón designó como XVI dinastía.

Con los hicsos surgió una dinastía tebana independiente cuyo primer rey fue **Rahotep**, que procedía de un linaje local de la XIII dinastía. A partir de ca. 1650, el papiro de Turín, que enumera a sus primeros quince reyes, la denomina XVII dinastía.

Durante setenta y cinco años reyes tebanos dominaron el Alto Egipto. Las relaciones con los hicsos fueron buenas y pacíficas hasta el reinado de Antef VII, pero con su sucesor, Taa I el Viejo, comenzó la guerra, que continuó con Taa II el Valeroso. Su hijo **Kamosis** (1555-1550) extendió el conflicto y luchó contra hicsos y nubios.

Reino Nuevo (1550-1070 a.e.c.). **Amosis**, hermano y sucesor de Kamosis, fundó la XVIII dinastía ca 1550. Con él se produjo la expulsión

total de los hicsos tras la batalla de Sharuhen (en Palestina), que fue el último bastión hicsco en caer. Amosis reinó durante 25 años y fue sucedido por su hijo **Amenofis I** (Amenhotep I, 1525-1504). Este importante rey sofocó las rebeliones de los nubios y también logró derrotar a los libios, que habían invadido el delta por la parte occidental, con lo que dejó protegida la frontera contra nuevos ataques. Su reinado señala el comienzo de la verdadera formación del Reino Nuevo egipcio. Pero, al no tener descendencia, su hermana Amose pasó a ocupar el primer puesto de la línea sucesoria. De acuerdo con la costumbre egipcia, las mujeres no podían asumir el rango supremo de faraón, por lo que fue designado como tal su esposo **Tutmosis I** (1504-1492). Este faraón fue un gran guerrero que logró sofocar una nueva rebelión nubia con una decisiva victoria que quedó plasmada para la posteridad en una inscripción de granito colocada en la margen oriental del Nilo, frente a la isla de Tombos en la tercera catarata, isla en la que, a su vez, se erigió una fortaleza. Tutmosis realizó además una campaña en Siria, penetrando hasta Narin, en los tramos altos del Éufrates, donde nuevamente alcanzó un gran triunfo que se registró en inscripciones oficiales. El Imperio egipcio fue entonces más extenso que nunca.

Tutmosis I tuvo cuatro hijos con la principal esposa real, dos varones y dos mujeres, pero sólo sobrevivió su hija Hatshepsut. Su heredero varón, **Tutmosis II** (1492-1479), fue un hijo nacido de un matrimonio anterior con una princesa. Para asegurar la legitimidad de su sucesión, se casó con su hermanastra y legítima heredera: **Hatshepsut** (1473-1458). De este matrimonio tampoco nacieron hijos varones, por lo que nuevamente el faraón nombró sucesor a su hijo Tutmosis III, nacido de la relación con una de sus concubinas. Con el propósito de afianzar a su sucesor, el faraón Tutmosis II dispuso la boda de su hijo con su hija real, Neferure, legítima heredera al trono nacida de la unión con su esposa real Hatshepsut (eran, por tanto, hermanastros).

Tras la muerte de Tutmosis II (1479), **Tutmosis III** fue coronado, mientras que Hatshepsut se hizo cargo de la regencia. Sin embargo, llegada la mayoría de edad del faraón, la regente se mantuvo en el poder con la inestimable ayuda de su consejero, arquitecto y probablemente amante Senmut, y gobernó Egipto hasta 1458 a.e.c., momento en que el legítimo faraón Tutmosis III, que por entonces tenía ya treinta años, logró derrocar al grupo



Tell el-Amarna. Disco solar con Nefertiti.
Fuente: R. Hamilton, *Antiguo Egipto*.
El imperio de los faraones (trad. F. Bover
et alii), Bath, 2006, p. 117

gobernante y finalmente deshacerse de Hatshepsut. Esta mujer fuerte y decidida gobernó bien y llevó a cabo una magnífica política edilicia. A ella le debemos el famoso obelisco de Karnak, situado en el punto donde tuvo lugar la gran victoria de su padre, Tutmosis I.

Tutmosis III reinó durante cincuenta y cuatro años, entre 1479 y 1425, incluyendo el período de regencia y gobierno de Hatshepsut (de 1479 a 1458). Fue un monarca de enorme talento político y

militar que logró resolver satisfactoriamente el grave conflicto entre Egipto y Mitanni que se prolongó durante ocho años. Finalmente, Tutmosis III impuso la hegemonía egipcia desde el sur de Siria y Palestina hasta Nubia. Realizó además un ambicioso programa constructivo del que nos han llegado, entre otros, el Templo de Amón-Ra en Karnak y diversas fortificaciones. Trató de borrar la memoria de Hatshepsut y, dos años antes de su muerte (acaecida en 1425 a.e.c.), nombró heredero a su hijo **Amenofis II** (Amenhotep II), que fue un gran guerrero. Este faraón batallador fue sucedido por su hijo **Tutmosis IV**, quien mandó recuperar la Gran Esfinge cubierta por las arenas. De su unión con la esposa real nació su sucesor, **Amenofis III** (Amenhotep III), que logró reinar en paz y prosperidad durante treinta y seis años (de 1390 a 1352). No obstante, la única excepción en este período de tranquilidad se produjo en el quinto año de su mandato, cuando tuvo que someter a las tribus nubias. De su incontestable victoria se derivó un gran excedente de cautivos de guerra que empleó como esclavos en su febril labor de construcción de templos. De su unión con la plebeya Tiy, a quien elevó a rango de esposa real, nacería su sucesor, **Amenofis IV** (Amenhotep IV) (1352-1336). Este faraón gobernó junto a su padre (muy

enfermo en la última etapa de su reinado) durante doce años y, ya en su época de corregente, inició la construcción de el-Amarna, futura capital del reino. Se casó con la hermosa **Nefertiti** (ca. 1380-1340), de quien desconocemos si era una de las princesas extranjeras (tal vez de Mitanni) que vivían en la corte egipcia o si era la hermanastra del faraón, para legitimar su derecho al trono. Educado bajo la influencia de los sacerdotes de Heliópolis, defensores de la fe en el dios-sol Atón (Ra-Horakhty) y enfrentados a la preponderante casta sacerdotal dedicada al culto del dios-sol Amón, Amenofis IV favoreció de forma extraordinaria la nueva doctrina creada en torno al deslumbrante disco visible del sol (Atón) en detrimento del antiguo dios-sol Amón representado como cabeza de halcón (el Horus del Horizonte). Ya en el primer año de su reinado pueden descubrirse claros indicios del comienzo de una nueva era al establecer un templo en Karnak dedicado no sólo al dios Amón sino también al dios Atón. Hacia el quinto año de su reinado, Amenofis IV decidió cambiar su nombre egipcio Amenhotep ('Amón está satisfecho') por el de **Akenatón** ('gloria de Atón'), al mismo tiempo que comenzó a edificar una nueva ciudad llamada Aketatón ('horizonte de Atón') en el lugar hoy denominado Tell el-Amar-

na, en el Egipto Medio. La innovación más importante en el reinado de este faraón fue, sin duda, la decidida promoción del culto al dios del disco solar (representado como un disco con brazos alargados hacia abajo simbolizando el poder y la vida), excluyendo al resto de los dioses egipcios e incluso prohibiendo el culto al dios nacional Amón, razón por la que pronto se atrajo la oposición de sus sacerdotes en Tebas, quienes además soliviantaron al pueblo en contra de las nuevas ideas religiosas. Pero su reinado sufrió también en el exterior una creciente resistencia —especialmente en Siria y Palestina— fomentada por los reyes de Hatti, Mitanni y Asiria. Tuvo que ser Horemheb, comandante de las tropas egipcias y futuro faraón, quien lograra salvar al país de su perdición.

Pensando en su sucesión, Akenatón nombró corregente a Smenkare, supuesto esposo de su hija favorita, Meritatón (aunque también podría ser pseudónimo masculino de Nefertiti), pues no tuvo hijos varones. Sin embargo, al morir Smenkare antes que él, tuvo que elegir a Tutankatón ('imagen viviente de Atón'), quien posteriormente se cambiaría el nombre a **Tutankamón** (1336-1327) para distanciarse del nefasto recuerdo de su antecesor. De hecho, a los pocos años del inicio de su reinado, la ciudad

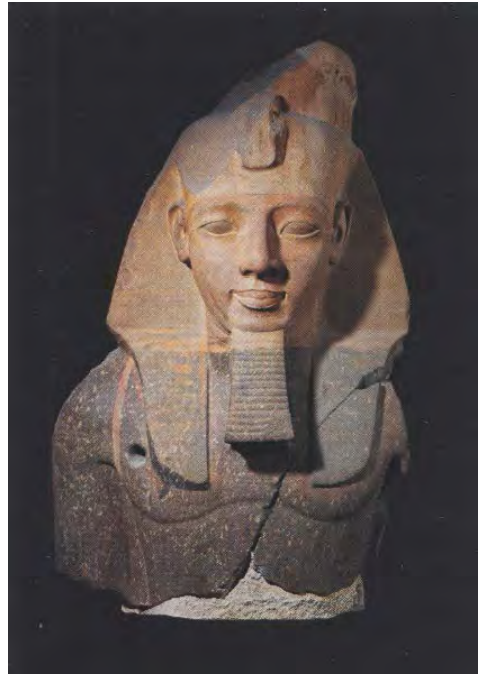


Relieve de la reina Tiy (necrópolis de Tebas). 1387-1448 a.e.c. Musées Royaux des Beaux-Arts (Museo del Cincuentenario de Bruselas). Fuente: E. Gubel (dir.), *Masterpieces of the Cinquantenaire Museum (Brussels)*, Ludion, Antwerp, 2015, p. 29



Relieve de Horemheb con prisioneros nubios. Dinastía XVIII (reinado de Tutankamón). Museo Civico Archeologico di Bologna. Foto: R. G. S.

de Tell el-Amarna fue abandonada en favor de Menfis, la capital tradicional, marcando así el final de la supremacía de Atón y la recuperación de Amón. Tutankamón era un niño de nueve años cuando accedió al trono bajo la supervisión del anciano visir **Ay** (1327-1323), quien después sería su corregente y sucesor. Cuando Tutankamón murió, la reina viuda solicitó en matrimonio al rey de los hititas uno de sus hijos. Suppiluliuma accedió a su petición, pero el príncipe hitita fue asesinado en el camino. No se sabe con certeza cuál fue el destino de la reina: tal vez muriera asesinada o se casara con Ay para legitimar la sucesión. Una vez desaparecido éste, **Horemheb** (1323-1295) se ciñó la corona y marchó con sus tropas a Tebas para que, gozando de la compañía de Horus, su poder fuese confirmado por Amón. De hecho, fue este faraón quien eliminó definitivamente todos los vestigios que aún quedaban de la religión de Atón, restableciendo el orden y fortaleciendo las fronteras de Egipto. Al no contar con descendencia, eligió como sucesor a Ramsés I Menpehtyre, un alto oficial del ejército asentado en la frontera oriental del Delta, quien, ya anciano, apenas duró un año en el trono. Le sucedió su hijo **Seti** (1294-1279), cuya política exterior estuvo encaminada a restablecer



Ramsés II (British Museum).
 Fuente: M. Vandenbeusch (ed.), *Faraón. Rey de Egipto*, The British Museum/La Caixa, Barcelona, 2018, p. 17

las fronteras y fortalecer el dominio de Egipto sobre el territorio que había sido conquistado por Tutmosis III y que Akenatón había perdido.

Ahora bien, **Ramsés II** (1279-1213) fue el primero de los faraones que verdaderamente procuró fama universal a las dos dinastías ramésidas que retuvieron el poder en Egipto durante más de doscientos cincuenta años. En el quinto año de su reinado formó un gran ejército y se dispuso a combatir a los hititas en el norte de Kadesh (ca. 1274). Fue atacado por sorpresa

mientras esperaba que parte de sus hombres llegara al campamento. Su rápido contraataque evitó un desastre, aunque tuvo que retirarse. Los anales egipcios presentan la batalla de Kadesh como una gran victoria. Tras años de lucha ininterrumpida, se llegó a un acuerdo de paz en el que se establecía que Egipto conservaría Palestina y el sur de Siria, mientras los hititas mantendrían su poder en el norte de Siria. Además, una hija del rey hitita fue dada en matrimonio a Ramsés II. El faraón murió hacia el año 1213 tras un largo reinado y fue sucedido por uno de sus hijos, Merenptah, que venció a los libios logrando una victoria completa para Egipto. A su muerte (en el 1203), se inició una etapa confusa en la que diversos usurpadores ocuparon el trono hasta el momento en que Sethnakhte (1186-1184 a.e.c.), de origen desconocido, inició la XX dinastía. Su sucesor fue su hijo **Ramsés III** (1184-1153), gran batallador que infligió una derrota total a los libios sublevados en el Delta y más tarde se opuso con firmeza a los pueblos del mar que llegaban a través de Siria, tras la caída del reino hitita. Los últimos años de este faraón no fueron fáciles: perdió parte de su riqueza, que pasó a manos de los sacerdotes, y tuvo que enfrentarse a una conjura



Hatshepsut (1473-1458 a.e.c.)

Hija de Tutmosis I, Hatshepsut, cuyo nombre significa «la más noble», asumió las funciones propias del faraón tras la muerte de su consorte Tutmosis II (1492-1479), siendo nombrada regente del joven heredero de la corona, Tutmosis III (1479-1425). Después conseguiría ser coronada como soberana. Se trata de un episodio insólito, pero no único en la historia egipcia. Su reinado fue enérgico y estuvo caracterizado por una intensa actividad económica y artística. El monumento más importante que se conserva de esta reina es su templo funerario en Tebas. Sus delicados relieves cuentan algunos de los acontecimientos más importantes de su período de gobierno, como la expedición naval al «país de los aromas» (una vasta región del actual Sudán) y la erección de grandes obeliscos en el templo de Amón en Karnak. La reina aparece frecuentemente representada con los elementos distintivos de la realeza, incluyendo la barba real. Esto debió de provocar cierto conflicto entre su condición de mujer y el desempeño de la realeza faraónica, hecho evidenciado en el intento póstumo de borrar su nombre de los monumentos.

palaciega. Su segunda esposa, Tiy, conspiró en su contra para favorecer a su propio hijo. El faraón descubrió a tiempo sus maquinaciones y castigó severamente a los conjurados. Al parecer, finalmente murió de muerte natural y fue sucedido por su hijo, **Ramsés IV** (1153-1147).

Desde Ramsés IV a Ramsés XI (1099-1069) se inicia la decadencia de Egipto. Nubia siguió bajo el poder egipcio, pero los asirios se adueñaron de Siria y Palestina, y los hebreos ocuparon las ciudades cananeas. La autoridad del faraón se debilitó frente a la de los sacerdotes de Amón. La fuerza quedaba en manos del ejército. De hecho, Ramsés XI era ya un rey sólo de título.

Tercer Período Intermedio (1069-715 a.e.c.). A su muerte subió al trono **Smendes** (1069-1043), gobernador de Tanis, quien probablemente se había casado con la hija del faraón para legitimar la sucesión, iniciando así la XXI dinastía. Esta etapa se caracteriza por la división del poder entre el faraón, que ejercía su autoridad en Tanis, y el sumo sacerdote de Amón, que lo hacía en Tebas y Karnak. Ya en claro declive, Egipto fue incapaz de mantener su dominio en Nubia. Los libios (descendientes de antiguos prisioneros de guerra) se habían hecho fuertes en Bubastis (Tell Basta), entre Menfis y

Tanis, en el Bajo Egipto. Tras la muerte del último faraón de la XXI dinastía en el año 945, sin haber dejado heredero, **Sheshonk I** (945-924), príncipe guerrero de Bubastis de ascendencia libia, se apoderó de la corona e inauguró la XXII dinastía. Este monarca gobernó bien y logró recuperar la presencia egipcia en Palestina y Nubia, pero sus sucesores no pudieron mantener sus logros. Llegó entonces una etapa de enorme inestabilidad y división interna, en la que se sucedieron los reyezuelos de las dinastías XXIII y XXIV (818-715).

Época Tardía (715-332 a.e.c.). Aprovechando la debilidad egipcia, Nubia se había organizado como reino independiente con capital en Napata. Avanzando hacia el norte, el poder nubio se extendió primero a Tebas, hasta el momento en que el tebano **Shabaka** (716-702) llegó a Menfis y se proclamó rey de Egipto. Posteriormente, el declive egipcio se agudizó aún más tras la pérdida de varias batallas frente a los asirios, que impusieron a Egipto un rey vasallo, **Necao I** (672-664), primer monarca de la XXVI dinastía o dinastía saíta.

La dinastía saíta (que llega hasta el 525) trajo un breve período de prosperidad y recuperación del poder egipcio. Tras Necao I, el eficiente

Una estela de victoria del rey Psamético II (594-588 a.e.c.)

(Estela de granito rojo hallada en Shellal, cerca de Assuán)

Año tercero, segundo mes de la estación shemu [verano], día 10, bajo la Majestad de Horus: 'Menekhib' [nombre Her de Psamético II]; Rey del Alto y del Bajo Egipto; las Dos Señoras [Nekhbet y Uto, titulares de la realeza del Alto y Bajo Egipto]: 'De poderoso brazo'; Horus de oro: 'El que favorece las Dos Tierras'; 'Neferibre' [título de Psamético II]; Hijo de Re, de su cuerpo: 'Psamético', siempre viviente; amado de Khnum [principal dios de Elefantina, representado con cabeza de carnero], señor de la región de las cataratas, [amado] de Satis [diosa paredra del dios Khnum], señora de Yebu [Elefantina], de Anukis [otra diosa paredra del dios Khnum], gobernador de Nubia. Buen dios, de consejo efectivo; rey valiente, de hazañas afortunadas, de fuerte brazo que castiga los Nueve Arcos [denominación de los pueblos considerados tradicionalmente enemigos de Egipto].

Su Majestad estaba vagando por los pantanos en el lago Neferibre [región de Assuán], rodeando sus tierras inundadas, atravesando sus dos islas, viendo los sicómoros de la tierra de dios sobre su orilla de limo, su corazón apasionado al ver la belleza, como un gran dios atravesando el agua prístina. Entonces alguien [probablemente un mensajero] vino a decir a Su Majestad:

«Las tropas que Vuestra Majestad envió a Nubia han penetrado en el país montañoso de Pnubs [territorio de la tercera cararata]. Es una tierra carente de un campo de batalla [sin llanuras], un lugar donde no hay caballos. Los nubios de todos los países montañosos se levantaron contra él [contra Psamético II], sus corazones llenos de rabia contra él. Su ataque [de su ejército] tuvo lugar y hubo sufrimiento para los rebeldes. Su Majestad ha hecho un trabajo de guerrero. Cuando la batalla estaba trabada, los rebeldes volvieron sus espaldas. Las flechas no se perdieron, atrevesándose. La mano no se ablandó. Uno vadeaba en su sangre como en agua. Ni un par se escapó de los 4.200 cautivos. ¡Una hazaña venturosa ha sido realizada!»

Entonces, el corazón de Su Majestad estaba feliz, más allá de cualquier cosa. Su Majestad realizó un gran sacrificio de bueyes y animales de cuernos cortos a todos los dioses del Alto y del Bajo Egipto, y una ofrenda a los dioses del palacio en la capilla real del palacio. ¡Pueda dársele toda vida, estabilidad, dominio, toda salud y felicidad como a Re para siempre!

F. LARA PEINADO, *El Egipto faraónico*, Istmo, Madrid, 1991, n.º 92, pp. 207-208.

Psamético I (664-610) reafirmó la independencia egipcia; Neco II (610-595) recuperó la importante flota; y

los eficaces gobiernos de Psamético III y sus sucesores consiguieron mantener la situación. Por otra parte, la



Nefertiti (c. 1380-1340 a.e.c.)

El nombre de la esposa de Amenofis-Amenhotep IV —después Akenatón— significa «la bella ha llegado». Su origen es desconocido, pero si fue elegida «gran esposa real» tuvo que pertenecer necesariamente a una familia noble. Fue madre de seis hijas: en los relieves aparecen con frecuencia detrás del soberano y de la reina en procesión, llevando ofrendas a la nueva divinidad, Atón, o tocando las castañuelas en las rodillas de la pareja real en escenas de una gran ternura. A veces se la representa tocada con una corona única y en la típica pose faraónica de masacar a un extranjero, lo que ha dado a entender que disfrutó de un poder y una influencia enormes. Sin embargo, en el duodécimo año de reinado de Akenatón, Nefertiti quedó inesperadamente relegada, siendo su lugar ocupado aparentemente por otra de las reinas, Kiya, y pudo ser que también por una de sus propias hijas, Meritaton. Es posible que hacia el año decimocuarto hubiese ya muerto, aunque también podría haber planeado asumir el papel de regente para suceder a su marido en el trono bajo el nombre de Smerkare.

caída de Asiria eliminó la amenaza exterior más importante y se logró formar un ejército con mercenarios griegos. Sin embargo, el peligro llegó entonces desde Babilonia y la independencia egipcia volvió a pender de un hilo. Los babilonios vencieron a los asirios en la famosa batalla de Karkemish (605), expulsándolos de Egipto. A pesar de que los egipcios se habían visto obligados a combatir en el bando perdedor respetando las alianzas con Asiria, los babilonios no ocuparon Egipto. No obstante, el reino quedó convertido en una potencia débil en manos de mercenarios. Tal vez por ello, fue finalmente conquistado por los persas dirigidos por Cambises en el año 525. La etapa persa tuvo buenos momentos, como el reinado de **Darío I** (522-486), pero siempre chocó con la tenaz oposición de los príncipes egipcios del Delta.

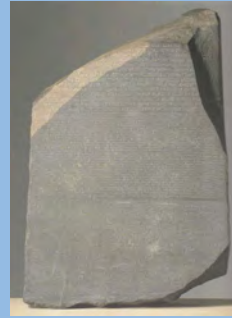
Egipto recuperó su independencia durante el reinado de **Nectanebo I** (380-362), primer monarca de la XXX dinastía, que realizó denodados esfuerzos por recuperar el antiguo esplendor egipcio, intentando recomponer y reordenar las instituciones culturales, políticas y religiosas del país. Pero todo fue inútil: los persas lo reconquistaron en el 343 a.e.c., aunque ciertamente disfrutaron durante poco tiempo de sus dominios, pues

acabarían siendo derrotados por Alejandro Magno en el año 332 a.e.c.

2.2. LA PIRÁMIDE DEL PODER POLÍTICO

El faraón y el dogma de la realeza. En el mundo moderno resulta realmente difícil separar la imagen de Egipto del término «faraón». El vocablo se tomó prestado de la Biblia, donde aparecía como transcripción de la palabra egipcia *per-aa* (casa del rey, palacio real). Sólo a partir del Reino Nuevo empezó a utilizarse para designar al habitante de dicha casa, es decir, el faraón. Desde principios de la época histórica Egipto dependió totalmente de su rey, quien, según el dogma de la filiación divina, era dios en la tierra y señor del país. Este dogma se basaba en el mito de la victoria de Horus, hijo y heredero de Osiris, sobre el usurpador y fratricida Seth. Sobre el trono de Horus se iban sucediendo los faraones, renovando así la victoria del bien sobre el mal, de lo justo sobre lo injusto, de la sumisión sobre la rebelión.

Los investigadores han discutido largamente si el faraón era considerado dios en la tierra o poseedor de la divina y sacra función por la que ejercía un poder delegado de los dioses que le convertía en garante de la



La piedra de Rosetta

En agosto de 1799, un oficial de la expedición de Napoleón en Egipto encontró en el poblado de el-Rashid (Rosetta), en la parte occidental del Delta, una estela de granito negro (26 x 100 x 76 cm y 762 kg) inscrita en una de sus caras con el decreto emitido en Menfis el 27 de marzo del año 196 a.e.c., aniversario de la coronación de Ptolomeo V Epifanes. Pero la importancia de este hallazgo no radica en su contenido, sino en el hecho de estar escrito en tres sistemas lingüísticos distintos: el jeroglífico (arriba), el demótico (centro) y el griego (abajo). Cedida a los ingleses desde 1802, la estela se conserva en el *British Museum* (Londres). Algunos de los primeros egiptólogos que accedieron a este documento, como S. de Sacy, D. Åkerblad o Th. Young, reconocieron en seguida su importancia para el desciframiento del sistema jeroglífico. Young llegó a entender el texto en demótico, pero el hallazgo definitivo se debió al francés Jean François Champollion (1790-1832), quien anunció en 1822 que había logrado descifrar las claves para entender el sistema fonético y de ideogramas que se empleaba en los textos jeroglíficos.

justicia y del equilibrio de la creación. La mayoría se ha decantado por la segunda opción.

Administración y burocracia.

Para administrar este enorme poder el faraón contaba con la ayuda de un amplio sistema de funcionarios, de los cuales el principal era el visir. Hasta la XVIII dinastía hubo un solo visir para todo el territorio egipcio, pero con Tutmosis III la función se duplicó: había un visir que se ocupaba del sur, con sede en Tebas, y otro en el norte con sede en Heliópolis. Se ha conservado parte de la ceremonia con las palabras que pronunciaba el faraón al nombrar un nuevo visir, pero la información más detallada que tenemos procede de la inscripción de la tumba del visir Rekmire (de la época de Tutmosis III y Amenofis II, siglo XV a.e.c.) en la que se detallan todas sus funciones como cabeza de la administración egipcia: era el jefe del tesoro, el ministro de la guerra, el encargado de los asuntos internos (por lo tanto, controlaba el entramado de la policía egipcia), gestionaba todos los asuntos relacionados con la agricultura y era, además, ministro de justicia.

Aparte del visir, existía un gran número de funcionarios, superiores y subalternos, que se hacían cargo del complejo organigrama administrativo egipcio. Algunos se encargaban del



El cuento de Sinuhé

Esta famosa obra fue compuesta durante el reinado de Sesostri I (1965-1920 a.e.c.). El texto, conocido íntegramente, aparece conservado en seis papiros —cuatro de los cuales son un poco posteriores a la fecha de redacción original— y en una veintena de *óstraka* de la época del Reino Nuevo. La publicación de los primeros manuscritos apareció ya en la segunda mitad del siglo XIX. La historia relata cómo Sinuhé se vio involuntariamente envuelto en ciertas intrigas palaciegas. Atemorizado, huyó a Siria, instalándose entre los beduinos; allí se casó con la hija de un jeque y él mismo se convirtió en jeque. Pero, con los años, sintió nostalgia de Egipto y finalmente aceptó la invitación del nuevo faraón a volver a su país. El cuento de Sinuhé fue considerado por los egipcios como la máxima expresión de su literatura narrativa; de hecho, continuó siendo leído hasta el final de la civilización faraónica. Además del interés suscitado por la inclusión de variados modelos literarios, resulta especialmente notable por la descripción de los ambientes sirios. Su celebridad en nuestros días se debió a la conocida novela del finlandés Mika Toimi Waltari titulada *Sinuhe, Egyptilainen* (1945) y, naturalmente, al cine.

tesoro, que se nutría de los impuestos pagados por los ciudadanos siguiendo un avanzado sistema fiscal. Por otra parte, sabemos que ya en la segunda dinastía existía un método de tasación basado en el censo «de los campos y del oro» mediante el que los ciudadanos eran censados según sus rentas y los campos eran medidos y registrados dependiendo de su calidad y del tipo de cultivo al que se dedicaban. Para ello existía una oficina del catastro, con empleados que se ocupaban de medir, registrar y catalogar las tierras. Las pertenecientes al faraón eran administradas por un alto funcionario, el «gran mayordomo».

2.3. SOCIEDAD, ECONOMÍA Y CULTURA

La jerarquía social. El faraón ocupaba el primer puesto dentro de la sociedad egipcia, pues ejercía el control máximo en todos los órdenes del Estado: político, religioso, administrativo, jurídico y militar. Para poder gobernar un territorio tan vasto y heterogéneo, contaba con un sistema burocrático muy desarrollado. Los sacerdotes representaban al faraón en las distintas localidades y, como tales, compartían su prestigio y parte de su poder, especialmente porque los templos eran los encargados de explotar las tierras de propiedad real y, por

tanto, de controlar las riquezas que se enviaban a la capital. Los escribas, por su conocimiento privilegiado de la escritura, eran el motor del complicado aparato burocrático egipcio, necesario y presente en todas las actividades económicas. La burocracia era esencial en todos los órdenes de la vida en un Estado como el egipcio: había que catalogar las mercancías, valorarlas, organizar y vigilar el comercio (interno y externo), establecer relaciones con otros pueblos y mantener el equilibrio tanto dentro como fuera del Estado. Los militares fueron esenciales en los momentos de política expansionista, en los que se encargaron de organizar las campañas de conquista en las regiones que interesaban eventualmente desde el punto de vista económico o estratégico.

En los niveles más bajos del orden social se encontraba un grupo muy variado de personas dedicadas sobre todo al trabajo manual, tanto en el campo de la producción alimentaria (agricultores, pastores, cazadores, pescadores...), como obreros en general (carpinteros, excavadores, canteros...) o artesanos de toda índole.

El Nilo y la agricultura. Todos los años, durante el verano, la crecida del río inundaba el valle. Este fenómeno natural, provocado por las lluvias en el altiplano etíope que hacían aumentar